

Textos de la Eucaristía del Domingo

Primera lectura: 1 Sm 16, 1b.6-7.10-13a

El Señor dijo a Samuel:

-¿Hasta cuándo vas a estar llorando por Saúl, si yo lo he rechazado como rey de Israel? Llena tu cuerno de aceite y ponte en camino. Yo te envío a casa de Jesé, el de Belén, porque me he elegido un rey entre sus hijos.

Samuel preguntó:

-¿Cómo voy a ir? Si se entera Saúl, me mata.

El Señor le contestó:

-Llevarás contigo una ternera y dirás: He venido para ofrecer un sacrificio al Señor.

Invitarás a Jesé al sacrificio, y yo te indicaré lo que tienes que hacer; me ungirás al que yo te diga.

Samuel hizo lo que le había dicho el Señor. Cuando llegó a Belén, los ancianos de la ciudad salieron preocupados a su encuentro, y le dijeron:

-¿Es para bien tu venida?

Respondió:

-Sí, he venido para ofrecer un sacrificio al Señor. Purificaos y venid conmigo al sacrificio.

Él purificó a Jesé y a sus hijos, y los invitó al sacrificio.

Al entrar ellos, vio a Eliab y se dijo: «Seguramente este es el ungido del Señor».

Pero el Señor dijo a Samuel:

-No te fijes en su aspecto ni en su gran estatura, que yo lo he descartado. La mirada de Dios no es como la del hombre: el hombre ve las apariencias, pero el Señor ve el corazón.

Jesé hizo pasar a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel le dijo:

-A ninguno de éstos ha elegido el Señor.

Entonces Samuel preguntó a Jesé:

-¿Son estos todos tus muchachos?

Él contestó:

-Falta el más pequeño, que está guardando el rebaño.

Samuel le dijo:

-Manda a buscarlo, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que haya venido.

Jesé mandó a por él. Era rubio, de hermosos ojos y de buena presencia. El Señor dijo:

-Levántate y úngelo, porque es éste.

Samuel tomó el cuerno del aceite y lo ungió en presencia de sus hermanos.

Salmo responsorial: Sal 22,1-6

R. El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor, nada me falta.

En prados de hierba fresca me hace reposar,

me conduce junto a aguas tranquilas, y repone mis fuerzas.

Me guía por la senda del bien, haciendo honor a su nombre.

Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré:

porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me dan seguridad.

Me preparas un banquete para envidia de mis adversarios, perfumas con ungüento mi cabeza y mi copa rebosa.

Tu amor y tu bondad me acompañan todos los días de mi vida;

y habitaré en la casa del Señor por días sin término.

R. El Señor es mi pastor, nada me falta.

Segunda lectura: Ef 5,8-14

Así pues, quienes mediante la fe hemos sido puestos en camino de salvación, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por la fe en Cristo hemos llegado a obtener esta situación de gracia en la que vivimos y de la que nos sentimos orgullosos, esperando participar de la gloria de Dios.

Una esperanza que no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.

Estábamos nosotros incapacitados para salvarnos, pero Cristo murió por los impíos en el tiempo señalado. Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores.

Evangelio: Jn 9,1-41

Mientras caminaba, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. Sus discípulos, al verlo, le preguntaron:

-Maestro, ¿por qué nació ciego este hombre? ¿Fue por un pecado suyo o de sus padres? Jesús respondió:

-La causa de su ceguera no ha sido ni un pecado suyo ni de sus padres. Nació así para que el poder de Dios pueda manifestarse en él. Mientras es de día, debemos realizar las obras del que me envió; cuando llegue la noche, nadie podrá trabajar. Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo.

Dicho esto, escupió en el suelo, hizo un poco de lodo con la saliva y lo extendió sobre los ojos de aquel hombre. A continuación le dijo:

-Ahora vé a lavarte a la piscina de Siloé (que significa «Enviado»).

El ciego fue, se lavó y, cuando regresó, ya veía.

Sus vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna, comentaban:

-¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?

Unos decían:

-Sí, es el mismo

Otros, en cambio, negaban que se tratase del mismo y decían:

-No es él, sino uno que se le parece.

Pero él decía:

-Soy yo mismo.

Ellos le preguntaron:

-¿Y cómo has conseguido ver?

Él les contestó:

-Ese hombre que se llama Jesús hizo un poco de lodo con su saliva, me lo extendió sobre los ojos y me dijo: «Vé a lavarte a la piscina de Siloé». Fui, me lavé y comencé a ver.

Le preguntaron:

-¿Y dónde está ahora ese hombre?

Él les dijo:

-No lo sé.

Llevaron ante los fariseos al hombre que había estado ciego, pues el día en que Jesús había hecho lodo con su saliva y había dado la vista al ciego, era sábado. Así que los fariseos preguntaban a aquel hombre cómo había obtenido la vista. Él les contestó:

-Extendió un poco de lodo sobre mis ojos, me lavé y ahora veo.

Algunos de los fariseos decían:

-Éste no puede ser un hombre de Dios, porque no respeta el sábado.

Pero otros se preguntaban:

-¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos signos?

Esto provocó la división entre ellos.

Entonces volvieron a preguntarle:

-¿Qué opinas tú sobre el que te dio la vista?

Respondió:

-Que es un profeta.

Los judíos no querían creer que aquel hombre había estado ciego y que había comenzado a ver. Llamaron, pues, a sus padres, y les preguntaron:

-¿Es éste vuestro hijo, de quien decís que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?

Los padres respondieron:

-Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. Cómo es que ahora ve no lo sabemos, ni sabemos quién le ha dado la vista. Preguntádselo a él; tiene edad suficiente para responder por sí mismo.

Los padres respondieron así por miedo a los judíos, pues éstos habían tomado la decisión de expulsar de la sinagoga a todos los que reconocieran que Jesús era el Mesías. Por eso sus padres dijeron: «Preguntádselo a él, que ya tiene edad suficiente».

Entonces llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego, y le dijeron:

-Dinos la verdad delante de Dios. Sabemos que este hombre es un pecador.

Entonces él respondió:

-Yo no sé si es un pecador o no. Lo único que sé es que yo antes estaba ciego y ahora veo.

Y volvieron a preguntarle:



-¿Qué fue lo que hizo contigo? ¿Cómo te dio la vista?

Él les contestó:

-Ya os lo he dicho y no me habéis hecho caso, ¿para qué queréis oírlo otra vez? ¿O es que queréis también vosotros haceros discípulos suyos?

Ellos entonces se pusieron a insultarlo:

-Discípulo de ese hombre lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos muy bien que Dios habló a Moisés; en cuanto a éste, ni siquiera sabemos de dónde es.

Él replicó:

-Esto es lo sorprendente. Resulta que a mí me ha dado la vista y vosotros ni siquiera sabéis de dónde es. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; en cambio, escucha a todo aquél que le honra y cumple su voluntad. Jamás se ha oído decir que alguien haya dado la vista a un ciego de nacimiento. Si este hombre no viniese de Dios, no habría podido hacer nada.

Ellos replicaron:

-¿Es que también pretendes darnos lecciones a nosotros, tú que estás envuelto en pecado desde que naciste?
Y lo echaron fuera.

Jesús se enteró de que lo habían echado fuera, y cuando se encontró con él, le preguntó:

-¿Crees en el Hijo del hombre?

El ciego le preguntó:

-Y ¿quién es, Señor, para que pueda creer en él?

Jesús le contestó:

-Ya lo has visto. Es el que está hablando contigo.

Entonces aquel hombre dijo:

-Creo, Señor.

Y se postró ante él.

A continuación, Jesús declaró:

-Yo he venido a este mundo para un juicio: para dar la vista a los ciegos y para privar de ella a los que creen ver.

Al oír esto, algunos fariseos le preguntaron:

-¿Acaso también nosotros estamos ciegos?

Jesús respondió:

-Si estuviérais ciegos, no seríais culpables; pero, como decís que veis, vuestro pecado permanece.

Reflexión : Del libro " Seguir a Jesús en la vida Ordinaria " de Javier Garrido

1. Situación y contemplación

Suele ser frecuente entre los piadosos y comprometidos lo que dice Jesús a los fariseos: *Si estuviérais ciegos, no tendríais pecado;*

pero como decís que veis, vuestro pecado persiste.

Solemos justificarnos diciendo que tenemos buena voluntad. Y es verdad; ¿qué podemos hacer, sino abrirnos? Pero la buena voluntad a veces es una tapadera; no es una actitud de apertura, sino la resistencia sutil de quien se ha hecho su hueco, y dentro del hueco está el fomentar sentimientos piadosos y obras de misericordia para que nada cambie.

La experiencia del ciego de nacimiento (Jn 9) del Evangelio de hoy es un verdadero nuevo nacimiento. Fuera y dentro del cristianismo se conoce esa *iluminación* que «da la vuelta al calcetín», y lo resitúa todo. Teológicamente, corresponde al bautismo (simbolizado en el relato por el lavado en la piscina y la confesión de fe en Jesús de la conclusión). A nivel de experiencia, los bautizados hemos de vivir un proceso de *iluminación*.

Sus momentos más significativos suelen ser:

— Ese momento en que notas que has de jugarlo todo en un acto sencillo de fe: «Ve a lavarte. El fue, se lavó y volvió con vista».

Sólo sabes que eres distinto, que ves las cosas con otros ojos; te toca experimentar que los demás (con frecuencia, los que deberían entenderte, porque siempre han estado «en el rollo cristiano») no te entienden.

— Esa libertad interior, tu nueva imagen de Dios, tu jerarquía actual de valores, resulta chocante.

— Entre lo que ves por dentro y el mensaje de Jesús encuentras una afinidad luminosa. ¡Está tan claro el Evangelio! No ya como ideología, sino como vida del hombre nuevo.

— Ahora sabes lo que es *creer* en Jesús, lo que significa su persona, cómo su presencia es lo más real de tu vida.

— Lo más evidente (¡y te produce tanta alegría!) es que la iluminación no la has hecho tú. Ha sido, literalmente, *gracia*.

4. Reflexión y praxis

Nos estamos moviendo en una zona no objetivable, en los niveles propios de la *conversión teologal*. La moral la controlamos: propósitos quehaceres... La teologal se nos escapa.

— Si te produce ansiedad o desazón, es que todavía crees que ser hombre nuevo depende de ti. Ahí está el pecado de los buenos, en la autosuficiencia que se resiste a confiar.

Queremos controlar porque no creemos en el amor fiel de Dios. Nos importa asegurar lo que deseamos, en vez de abandonarnos en Dios.

— Si has tenido un golpe de luz (suele ocurrir), en que has entrevisto otro modo de vivir, pero se te escapa, a pesar de tu esfuerzo por retenerlo, no te inquietes; volverá.

Más vale pedir y confiar.

Cuida de estar abierto a esa luz nueva. Para ello, *dedica una temporada amplia* a leer y orar la Sagrada Escritura, por ejemplo, con textos en que Dios se te revela con amor libre y gratuito y en que se habla del hombre liberado: Sal 16(15); 40(39); 103(102); 130 (129); 147; Os 1-3; Jer 2-4; Is 43-44; 54-55; Lc 15; 18-19; Mt 20; Jn 3; 4; 6; Gálatas entera.

— Quizá hace años tuviste esta experiencia fundante, y desde ella creíste que se te iba a arreglar todo, lo humano y lo espiritual. Ahora estás desconcertado, porque sigues sin resolver tus problemas humanos y tus viejas tendencias a moralizar y controlar.

No olvides que Dios cambia el corazón, el centro de la persona, no las tendencias; que la Gracia da un nuevo sentido a todo, pero no soluciona los problemas.

Proyectamos siempre en Dios nuestras necesidades infantiles de felicidad y de plenitud mágicamente dada.

Ahora es necesario redescubrir la Gracia en el claroscuro de la condición humana, en los procesos lentos de maduración humana y espiritual. También es gracia la humildad de lo real y la obediencia concreta a Dios mediante tu esfuerzo diario.

La diferencia es que antes hacías depender tu paz de tus logros. Ahora no necesitas eficacia, sino obediencia de amor y confianza humilde.

TEXTO DE FRANCISCO: Leyenda de los tres compañeros (TC 11)

Cómo empezó a vencerse a sí mismo con los leprosos y a sentir dulzura en lo mismo que antes le causaba amargura

11. Como cierto día rogara al Señor con mucho fervor, oyó esta respuesta: «Francisco, es necesario que todo lo que, como hombre carnal, has amado y has deseado tener, lo desprecies y aborrezcas, si quieres conocer mi voluntad. Y después que empieces a probarlo, aquello que hasta el presente te parecía suave y deleitable, se convertirá para ti en insoportable y amargo, y en aquello que antes te causaba horror, experimentarás gran dulzura y suavidad inmensa».

Alegre y confortado con estas palabras del Señor, yendo un día a caballo por las afueras de Asís, se cruzó en el camino con un leproso. Como el profundo horror por los leprosos era habitual en él, haciéndose una gran violencia, bajó del caballo, le dio una moneda y le besó la mano. Y, habiendo recibido del leproso el ósculo de paz, montó de nuevo a caballo y prosiguió su camino. Desde entonces empezó a despreciarse más y más, hasta conseguir, con la gracia de Dios, la victoria total sobre sí mismo.

A los pocos días, tomando una gran cantidad de dinero, fue al hospital de los leprosos, y, una vez que hubo reunido a todos, les fue dando a cada uno su limosna, al tiempo que les besaba la mano. Al salir del hospital, lo que antes era para él repugnante, es decir, ver y palpar a los leprosos, se le convirtió en dulzura. De tal manera le echaba atrás el ver los leprosos, que, como él dijo, no sólo no quería verlos, sino que evitaba hasta el acercarse al lazareto. Y si alguna vez le tocaba pasar cerca de sus casas o verlos, aunque la compasión le indujese a darles limosna por medio de otra persona, siempre lo hacía volviendo el rostro y tapándose las narices con las manos. Mas por la gracia de Dios llegó a ser tan familiar y amigo de los leprosos, que, como dice en su testamento, entre ellos moraba y a ellos humildemente servía.